

APUNTES PARA UNA HISTORIA LIRICA EN ASTURIAS

«EL RAPACIN DE CANDAS»

(y SEGUNDA PARTE)

★ Un breve y sencillo argumento

★ La censura nada tuvo que oponer

Por Jesús GONZALEZ MEDINA — Fotos archivo

EN el anterior capítulo, treinta y cuatro de la serie, hemos visto un poco las circunstancias del estreno de «El rapacín de Candás» allá por mediados del pasado siglo. Creo que podría ser interesante para el próximo mes de octubre, en conmemoración del 110 aniversario de su estreno, que la obra se repusiese en Candás y por elementos nativos. Pero como la finalidad de este espacio no es lanzar ideas, seguiremos adelante.

Habíamos quedado con la puerta abierta ante la obra y su trama. Es, ésta última sencilla, basándose todo el nudo en unos casuales sucesos que ponen en duda la honra de una rapaza, solucionándose satisfactoriamente el final.

Veamos las instrucciones que Cuevas hace de la situación escénica al comienzo del libro. «La escena representa el interior de una casa de aldea. A la derecha, en primer término, una puerta; en segundo, una ventana, y en el ángulo que forma con el telón de fondo, el hogar con lumbre, etcétera. A la izquierda dos puertas; la que está en primer término es la del dormitorio de Anxelina; la otra conduce a las habitaciones interiores. En el fondo, la puerta principal con salida al campo. En la ventana habría algunos tiestos con flores, una mesa a la derecha, taburetes y muebles rústicos.»

Al levantarse el telón están en escena Anxelina y Lafnez, el abuelo. Ella, asomada a la ventana, y él sentado al amor de la lumbre. Desde lejos se oye el canto de los aldeanos:

Si les penes brillaren
como lluceros
nel mio pechín guardadu
llevará un cielo.
Dolient'el corazón, son, son,
pet to carriñu está, sá, sá,
dame la mano neña,
dame la mano ya, sá, sá,
damela tú, si quieres,
de bona voluntá, sá, sá.

Aquí el autor hace la siguiente observación: «Este coro es característico del país, y el estruendo es una imitación de los cantos que, con el nombre de giraldillas, entonan los aldeanos de Asturias en las romerías». El canto termina:

Todo el que se namora
d'una rapaza
fion sabe cuanto pierde
fi cuantu gana.

Dolient'el corazón, etcétera, etcétera.
Anxelina, desde la ventana, observa que todos vuelven del campo. menos Xuanín, el mozo de Candás que la corteja; y comenta su sabor con el Giteñín, quién a unas palabras desdeñosas de la nieta contrariada, le hace un inventario de los valores del rapaz, en este parlamento:

¡Cómu! ¿Qué diz?... Anxelina,
Llindu modu de falar
al to güelu. ¿pues fion sabes
que ye Xuanín un rapaz
garridu, y que tien'un orru,
y un pradu, nel quintanar,
y cuatro dies de bueyes
nel carbayu... y... además...

Pero la nieta le contesta:
Si el que más tién,
ye el más llindu y más candial,
yo sé de un mozu ricachu,
y fidalgu, y m'ay galán,
que me quier'algunos pocus,
según doyme a maxinar.
Peru tién les manus llargues,
y ye taimadu y sagaz
y un tanticu gallusmeru,
y un cuanticu...

Aquí Anxelina narra al viejo un encuentro que tuvo en la fuente con ese personaje que será el triángulo de la trama, que además de pedirle agua le solicitó un beso y algo más. La aventura del galán ter-

mina de forma adversa a sus pretensiones. Veamos cómo:

Anx.— Llegó a min, y fioramala,
pudu el macebu allegar,
pos la ferrada tenin
puesta na cabeza ya,
y al retirarme cayóse...

Lain.— ¿Y moxástele?

Anx.— Si tal.

Y aún magullé los sesos,
pero así pude escapar.

Cuando la escena está finalizando ya ha comenzado a oscurecer, y unos truenos y relámpagos lejanos son el anuncio de la tormenta que se avecina. Anxelina va a encender la luz, cuando oye, afuera, la voz de Xuanín que tararea una balada del país. Cuevas deja a la elección del actor o del director la canción típica que Xuanín ha de venir cantando, lo cual puede ser problemático cuando la obra se representase sin unos conocimientos elementales de nuestras costumbres, pudiendo caerse en lo tópico y no cantar astur, como el autor de la carta que aludimos echaba de menos.

Con la entrada de Xuanín, el rapacín de Candás que va a cortejar al valle, se canta un dúo entre ambos mozos, entregándole luego a Anxelina unos regalos que le trae de la romería. A todo esto el mal tiempo ha arreciado y llaman a la puerta de la casa, para ampararse de la tormenta, un caballero cuyo atuendo hace suponer a un militar, y su criado, que, al parecer, se hallaban cazando algarabanes cuando les sorprendió la tormenta.

Anxelina queda sorprendida y sonrojada al reconocer en el caballero al atrevido galán que la pretendió en la fuente, y que se había llevado como recuerdo del lance la muestra de la ferrada en la cabeza. El caballero a su vez reconoce a la rapaza; pero esto no pasa desapercibido para Xuanín quien comienza a recelar de la situación creada por ambas sorpresas.

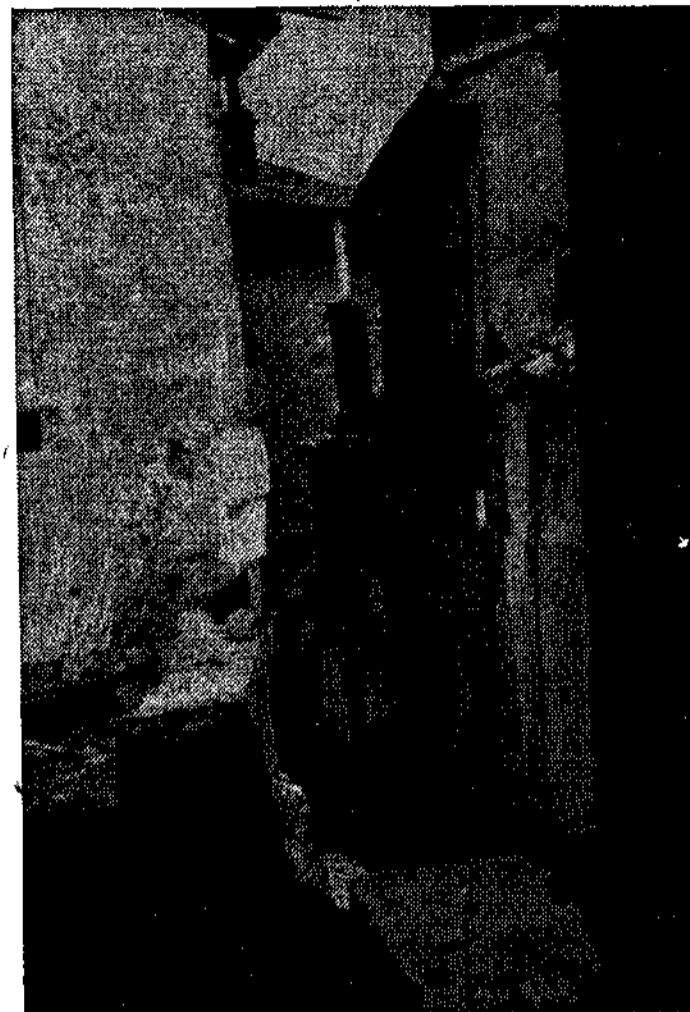
Por otro lado el abuelo, hospitalario y afable, —cosa que no está muy de acuerdo con la desconfianza que se suele atribuir a la gente de aldea ante personas extrañas— invita a todos a su mesa para que compartan la cena que la nieta ha preparado. El criado presenta a su señor como a don Luis de Acebal de Guimarán y Padilla, a los que el abuelo inquiere: «¿Sóis acaso el fiu del marqués de Veriña? Quizás esto ya nos dé la clave para situar la escena de la obra como en un lugar del valle de Gimarán, y no en la marinera villa de Candás como el título de la obra hace presumir.»

Todos se ponen a cenar, excepto Xuanín que, desconfiado, pone como pretexto hacerlo a pasar la noche en casa de una tía que vive cerca. Al finalizar ésta, el abuelo señala a los huéspedes improvisados una habitación para que en ella pasen la noche, yéndose con su nieta a rezar por sus cosechas a las que ven comprometidas por la inesperada tormenta.

Este paréntesis sirve para que don Luis comunique a su criado que está enamorado de Anxelina, cosa que Pimiento no cree por la bien adquirida fama de libertino que se ha ganado su amo. No obstante el caballero insistiendo en la nobleza de sus sentimientos hacia la joven aldeana, mientras el sirviente le cuenta una hazafia amorosa que le hizo en lo sucesivo desconfiar de todas las mujeres.

Estando ambos visitantes en este diálogo, abuelo y nieta finalizan sus preces y, al salir de la habitación, obligan a los huéspedes a ocultarse para no ser sorprendidos. Al hacerlo a oscuras se van por la primera puerta que topan, sin apreciar que es la habitación de la moza donde se esconden. Pero Xuanín que no las tenía todas consigo, vuelve a casa de su novia, y cuando le dice que lo ha hecho por velar su honra, ella le convence de que su amor es suyo por entero y que nada debe de temer. Pero la fatalidad hace que Pimiento se caiga en su escondite, que no es otro que la habitación de Anxelina, y Xuanín se va convencido de que su novia no le era fiel ni el amor que le había jurado era tan absoluto. Esto da lugar a un monólogo de la joven que se siente herida por la falta de confianza que Xuanín le ha demostrado.

Entonces, como ocurre en casi todas las zarzuelas, sin saber ni cómo ni porqué, aparece el coro de aldeanos diciendo que han visto al diablo por la ventana de la habitación de Anxelina. Tal es la creencia en lo que dicen haber visto que el ambiente ya les huele a «azufre y pezo». Al asomarse a la habitación, lo que hacen no sin cierto recelo, adivinan más que ven a un hombre, por lo que se van murmurando de nieta y abuelo.



Una vieja calle marinera

Lafnez teme ya la deshonra de su nieta al irse los aldeanos proclamando su descubrimiento; pero por otro lado don Luis reconoce que debe de hacer algo por aclarar aquel equívoco en el que se juega el honor de la muchacha que le ha enamorado. En un dúo intenta aclarar a Anxelina lo noble de su sentimiento hacia ella, declarándole su amor en unas frases que hacen suponer una inspirada página musical.

Don Luis.— Amando el prodigio que vi en tu hermosura,
como un insensato tu huella busqué;
¡Más torpe no ha sido mi amante locurat
¡Mil veces lo afirmo!... ¡Jurarlo podré!

Anxelina.— ¿Qué gana con eso mio mala ventura,
si paz ni asosiegu denyure tenré?
¡Si Xuan no me quiere!... ¡Si el mundo mormural
¡Si siempre el mio nombre manchado i veré!

Mientras Anxelina y don Luis mantienen este dúo, llega Xuanín dispuesto a todo, terminando la escena en este terceto:

Don Luis
¡Olvida, si ha poco
tu pena labré,
cuando era mi intento
postrarme a tus piés!
¡No esquives mis ruegos
con fiero desdén!
¡Yo, a más de tu esposo,
tu esclavo seré!

Xuanín
¡D'horrible venganza
m'afoga lla sed!
¡Per fin manu a manu
m'atopo cun él!
Mas, ¡cómu, Dios mio,
matalle podré
si d'ella la fama
perece tamién!

Anxelina
¡Nin quiero miralle,
nin debu creer
llenguaxe engañosu
q'homilde parez!
¡Conoz ell infarne
q'airada me tién!
¡Más no ha de ablandiame
so falsu querer!

Al irse Anxelina y don Luis tratar de seguirla, Xuanín le sale al encuentro armado con la propia escopeta del caballero que a su entrada había dejado arrimada a la pared. Entre ambos se establece un diálogo en el que quiere obligar al caballero a casarse con Anxelina para reparar la mancha que había causado en el honor de la moza todo aquel embrollo. El rapacín, escopeta en mano, comienza exigiendo, para terminar rogando por la reparación.

¡Ved que ruego homildemente!...
¡Sed piadosu!... ¡Sed clemente,
aunque muera yo al perdella!...
¡Si mi acentu i ofendió,
no tantu el furor i embriague,
hasta hacer...q'ella pague
la culpa que tengo yo!...
¡Mirad mio amargu llantu!
¡Ved que mi frente se inclinal
¡Cobre el so honor Anxelinal
¡Mi dicha... fion vale tantu!

A don Luis que se creía enamorado de la rapaza, no hizo falta perorarle mucho para que otorgase el sí. Pero de nuevo se reúne con ellos Anxelina y Lafnez, y, por supuesto, el coro de aldeanos. Don Luis comprende que los chavales se quieren y con su criado explican el error sufrido al esconderse en la habitación de la muchacha, y renunciando al comprometido sí que pronunciara, une a los dos jóvenes otorgando de dote a Anxelina un soto y un castañar que son de su propiedad.

La joven pareja, recordando la flor que ella le había dado a él, y que Xuanín le había devuelto al irse convencido de su infidelidad, terminan la obra con el siguiente dúo:

Xuanín.— Una rosa inocente
disteme, neña,
q'aver he despreciadu
cun saña fiera.
Mi amo toma;
fion fagas lo que te fice
yo cun la rosa.

Anxelina.— Ya l'aura asoma,
ya el sol radiante y puro
viene a lla doba.

Así, con feliz desenlace, finaliza esta zarzuela en bable que se desarrolla en nuestra tierra asturiana, y que era olvidada a la vez que desconocida por muchos asturianos.

Para concluir quiero reproducir una nota con la que finaliza la edición del libro, hecha a raíz de su estreno en 1864. Es como sigue:

CENSURA
Examinada esta zarzuela, no veo inconveniente en que su representación se autorice.
Madrid, 12 de octubre de 1864.—El censor de teatros, Narciso S. Serra.



La Casona de los Arcos, rincón típico cargado de sabor marinero